

Forma-imperio, exclusión y alterofobia

Gerardo Ávalos Tenorio

Universidad Autónoma Metropolitana

avaloshegel@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-8574-0432>

La modernidad, en tanto tiempo histórico y condición de existencia racional, es contradictoria. Esto no solo es válido para la Ilustración, como señalaron los fundadores de la Escuela de Frankfurt (Horkheimer y Adorno 1987), sino que se extiende a toda la civilización basada en la Razón y a los principios ético-políticos de libertad, igualdad, fraternidad y propiedad, planteados con carácter de universalidad. En efecto, como proyecto de emancipación la modernidad se concretó en instituciones y en prácticas, pero más temprano que tarde devinieron su contrario: totalitarismos, genocidios y, en el “mundo libre”, el imperio de una forma social que cosificaba al humano, lo enajenaba en sus propias creaciones y, peor aún, se alejaba cada vez más del ideal de la “paz perpetua” y de la forma política republicana y democrática. Las sociedades se convirtieron en conglomerados masivos que aplastaban la libre individualidad, hacían unidimensional al hombre y generaban una obscena desigualdad a tal punto irracional que todo desembocaba en la obtención de ganancias, que no tenían más propósito que la acumulación de signos que representaban, más que fortunas económicas, simple “poder” sobre los demás. En la medida en que el capital se acumula, crece la desigualdad social, la cual es “un ordenamiento sociocultural que (para la mayoría de nosotros) reduce nuestras capacidades de funcionar como seres humanos, nuestra salud, nuestro amor propio, nuestro sentido de la identidad, así como nuestros recursos para actuar y participar en este mundo” (Therborn 2013, p. 9). El desarrollo desigual y combinado es, precisamente, una de las características esenciales del capitalismo, aunque, en realidad, es esa una manifestación del fundamento: el capital no es sino trabajo puesto contra sí mismo, atravesado por una relación de poder. Así, el capital es el nombre fetichizado del



Recepción:
15 de diciembre de 2025
Aprobación:
19 de enero de 2026

propio trabajo. En la periferia del orden del capital se acumulan las contradicciones sociales y la expresión social de ellas consiste en el aumento de la desigualdad y la pobreza, la violencia social y política, así como la imposibilidad de que se cumplan los principios de la modernidad. Como en ningún otro lugar, en la periferia se hace patente la distancia entre los principios de libertad, igualdad, fraternidad y propiedad, y la cruda realidad de deshumanización integral: educación y salud deficientes, movilidad social ascendente casi nula, condiciones de violencia extendida y, en el mejor de los casos, democracias oligárquicas que han sido útiles para legitimar ante el capital global la imposición de modelos económicos que provocan el saqueo de los recursos naturales, las inversiones extranjeras en condiciones de superexplotación del trabajo, la ausencia de medidas regulatorias frente a la catástrofe ambiental, así como la utilización de las instituciones políticas para garantizar la sumisión de los trabajadores al “mando despótico del capital”. El complemento ideológico de esta legitimación consiste en culpar a las víctimas y atribuirles características de masas indolentes, agresivas, violentas, recalcitrantes y condicionadas “por naturaleza” a la barbarie y el dogmatismo religioso. En todo caso, cuando se agudizan las condiciones para la acumulación del capital, la salida más o menos a la mano que encuentra la masa laboral no es la organización interna para prohiar un cambio político, sino la huida, es decir, la migración.

Así, las fuerzas que intervienen para impulsar la migración de la periferia al centro imperial no tienen relación con un simple deseo “aspiracionista”, sino con la más pura necesidad y el impulso de sobrevivencia. Los migrantes son trabajadores potenciales que, como diría Marx, no les queda más opción que ofrecer su cuerpo y sus habilidades cognitivas para ser explotados. Para la sensibilidad, percepción y visión de los incluidos, los migrantes son, en el mejor de los casos, un mal necesario: alguien tiene que hacer las labores más pesadas y serviles que requiere el estándar de vida del centro imperial. Y lo que hallamos en ese *pathos* de los incluidos no es solo racismo y desprecio, humillación y violación, también encontramos algo más lacerante:



no la aporofobia (Cortina 2017), sino la alterofobia, el rechazo, el desprecio, la fobia al “otro” en cuanto “otro”, porque es portador de un reclamo histórico: los migrantes que dejan sus lugares, sus espacios, sus tierras, van del Sur al Norte a reclamar lo que era suyo. Son portadores de un reclamo histórico porque sus tierras fueron saqueadas para hacer posible la acumulación originaria. En este reclamo subyace la “voz de Antígona”,¹ es decir, un derecho natural que se configura como fundamento de la dignidad y que proviene de los ancestros y de la integración armónica con la tierra. Y es que la modernidad no significó la creación de un mundo homogéneo con Estados nación soberanos que interactúan entre sí de manera civilizada. Antes bien, la totalidad

¹ Es la voz que apalabra la impetración a las leyes que vienen de lejos, antes que los decretos del gobernante o de las leyes positivas: “No, no fijaron ellos [los dioses del mundo subterráneo] entre los hombres estas leyes. Tampoco suponía que esas tus proclamas tuvieran tal fuerza que tú, un simple mortal, pudieras rebasar con ellas las leyes de los dioses, anteriores a todo escrito e inmutables. Pues esas leyes divinas no están vigentes, ni por lo más remoto, solo desde hoy, ni desde ayer, sino permanentemente y en toda ocasión y no hay quien sepa en qué fecha aparecieron” (Sófocles 1992, p. 148).

sistémica de la civilización histórica mundial organizada de modo capitalista está estructurada (desde sus inicios históricos en el siglo xvi) de modo imperial. Al imperio universal de la forma-valor corresponde la forma-imperio del valor mercantil de tipo capitalista, lo cual implica un orden mundial organizado de manera jerárquica y donde los humanos no son considerados iguales, sino que existe una jerarquía étnica, racial y cultural entre ellos. Ese es el fundamento para considerar al migrante un ser inferior y despreciable y, por ende, para justificar su explotación, humillación y desprecio. En este artículo me propongo exponer algunas consideraciones teóricas respecto de la migración del Sur al Norte, enfocadas en el rechazo que generan las personas que migran y que se ha recrudecido, al menos en Estados Unidos, desde el inicio del segundo periodo del presidente Donald Trump. Sostengo que el fundamento de la animadversión a los migrantes es la alterofobia, el miedo o repudio a la alteridad misma del otro migrante que pertenece a otra cultura, debido a que su propia presencia es un reclamo por un pasado que se mantiene fuera de la conciencia de quien repudia. Es ese reclamo el que genera la fobia.

La forma-imperio es la conjunción del espacio o campo económico y de la organización geopolítica del “Gran espacio”, caracterizada por la hegemonía de un pueblo sobre los demás, o de un Estados nación o país sobre los otros Estados nación. Por otro lado, la política del capital implica el desdoblamiento del universo de lo político en el “mando despótico del capital” y en el teatro de la política. Con esto se ocultan los intereses de clase que, por definición, rebasan las fronteras nacionales.

La apertura de los mercados y la configuración de regiones enteras como unidades comunitarias de Estados nación abiertos, así como las privatizaciones de empresas estatales —todo esto conocido como globalización o mundialización— agudizaron las contradicciones constitutivas del propio capital en su vínculo inmanente con los principios de la modernidad.



Con ello se ha agudizado una de las características esenciales de la modernidad capitalista: el flujo migratorio del campo a la ciudad y de los países pobres a los países ricos. El aumento de las migraciones fue una consecuencia lógica, porque una de las mercancías constitutivas del capital era, precisamente la fuerza del trabajo. El éxodo masivo de la periferia al centro que ya no puede ser compatible con el sistema de legitimación ideológica diseñado y puesto en operación a través de las principales universidades de los Estados Unidos y la ONU; se trató de una ideología de la inclusión y se expresó en el comunitarismo, el multiculturalismo, la tolerancia, el respeto, en fin, la apertura al otro y su supuesta inclusión. El nacionalismo proteccionista ha vuelto con renovados bríos y el inicial chovinismo de bienestar se ha recrudecido, expresándose como un racismo desembozado. El desprecio por el otro —si bien [...] sutil— ha escalado hasta la dimensión política del centro imperial más importante de la historia. En efecto el segundo periodo no continuo de Donald Trump en Estados Unidos ha significado el reinicio de un patriotismo proteccionista que ha supuesto al menos tres acciones agresivas: 1) el endurecimiento de las políticas antiinmigrantes, lo que generó la deportación de miles de personas indocumentadas, la mayoría de origen mexicano; 2) la presión comercial a todos los países mediante el incremento de las tasas arancelarias a las importaciones de productos extranjeros, con lo que se desconocen los acuerdos de libre comercio logrados en el pasado reciente; 3) el despliegue militar amenazante en el Mar Caribe e incluso, ahora, la intervención militar so pretexto de la detención de los líderes del narcotráfico, catalogados como terroristas.

Esta posición estadounidense no es nueva, puesto que se encontraba ya en la Doctrina Monroe de 1823 y en el Destino Manifiesto de 1845, pero también y, sobre todo, se hallaba en el pensamiento europeo de la Ilustración, cuando esta pensó al “otro” desde una posición de superioridad civilizatoria. Ahí se centró la principal contradicción de la modernidad en tanto proyecto de emancipación humana, pues este no se aplicaba

a pensar la alteridad, no como una cuestión moral sino porque de los territorios del otro extraían sus riquezas y ganancias sin reciprocidad en el pago. El correlato de esta incompreensión interesada es el desprecio por el otro real. Y eso sí no es nada nuevo: las guerras de Estados Unidos en el Medio Oriente y, en general, contra el terrorismo omnipresente se han conjugado con la tendencia a concebir como delincuentes a los inmigrantes ilegales en Europa, ya desde hace años.² Esta posición imperial está en consonancia con la lógica constitutiva de la forma-imperio.

Cuando ya se advertían los signos ominosos de la crisis del patrón de acumulación que caracterizó la “Edad de Oro” del capitalismo, es decir, el desarrollo keynesiano de la segunda posguerra y su muy característico Estado de Bienestar, Jürgen Habermas (1973) se adelantó a tratar el tema de los problemas de legitimación que causaría una crisis económica. En esta reflexión no estuvo solo. El profesor estadounidense de ciencias políticas Alan Wolf (1980) vaticinó los límites de la legitimidad del capitalismo en condiciones del estallido de una inevitable crisis económica. La temible crisis advino y se manifestó en el poderío de los países productores de la principal materia prima para el capitalismo mundial, el petróleo. El pensamiento estratégico imperial se puso en acción y diseñó un nuevo paradigma de acumulación del capital que armonizaría las características constitutivas de los grandes capitales en una nueva etapa.

² El 22 de mayo de 2008 la Unión Europea aprobó un proyecto de ley con reglas comunes para la expulsión de indocumentados. El proyecto establecía que los extranjeros ilegales podrían ser detenidos hasta por 18 meses además de prohibirles la entrada hasta por 5 años. La “directiva de retorno” fue aprobada por el Consejo del Parlamento Europeo el 5 de junio; finalmente, el 18 de junio fue votada y aprobada por el Parlamento con 369 votos a favor, 197 en contra y 106 abstenciones. Votaron a favor 34 “socialistas”; 12 alemanes de esta tendencia, también. La directiva podrá ser aplicada a unos 8 millones de inmigrantes ilegales que, según distintas estimaciones, se encuentran en Europa. El italiano Claudio Fava, del Partido de los Socialistas Europeos, señaló: “Estamos creando una categoría inferior de seres humanos”.

El capital es volátil, pues una de sus figuras es el capital financiero, el cual, de un día para otro, puede huir a otro país. Los países periféricos emprendían una competencia encarnizada para atraer las inversiones de los capitales poniendo las condiciones óptimas para garantizar una alta tasa de ganancia. Entre las condiciones marco que ponían sobre la mesa estaba, claro, el bajo precio de la fuerza de trabajo, el acceso a las materias primas sin restricciones ambientales, aranceles bajos o nulos a la importación y dotación de servicios e infraestructura para facilitar las inversiones. A estos fines sirvieron las privatizaciones y la conversión del Estado en una entidad más administrativa que política, adelgazada pero eficiente y fuerte para combatir la inseguridad.

Era obvio que iniciaría una migración masiva de la periferia al centro. ¿Cómo responderían los países receptores, los cuales, por lo demás, eran portadores de los principios ético-políticos más civilizados? La cuestión no era baladí y ocupó a los grandes pensadores de la época. De nuevo Habermas (1999) tomó la iniciativa y logró articular su teoría de la acción comunicativa con la necesidad de fortalecer la democracia y una inclusión racional del otro. El problema era la migración de quienes querían mantener sus comunidades culturales como una incrustación exógena en el territorio nacional del país receptor. Por eso tenía que ser una migración ordenada y regulada que pasara por lo obvio: el compromiso de la obediencia a las normas europeas. De igual modo, Giovanni Sartori, de manera realista y contundente, expresaba su posición al respecto:

Así pues, los flujos migratorios que asedian a Europa se incrementan con tres nuevos ejércitos: el de los inmóviles del pasado (las poblaciones agrícolas), el de los urbanizados que se mueren de hambre en las ciudades y, claro está, el de los recién nacidos en exceso (excesivo) salvados por la medicina, pero no controlados por ella. No debemos, pues, hacernos ilusiones. El problema no se puede resolver, ni siquiera atenuar, acogiendo más inmigrantes. Porque su presión no es ni coyuntural ni cíclica. Los que han entrado no sirven para reducir el número de los que pueden entrar: en todo caso, sirven para llamar a otros nuevos. No es que el que entra dentro reduzca el total de los

que quedan fuera; porque ese total sigue creciendo. ¿Se pueden remediar las crecidas de los ríos bebiendo agua? No. Pues de la misma manera la crecida de los inmigrados no se puede remediar dejándoles entrar (Sartori 2001, pp. 115-116).

De manera sutil, el autor italiano, quien ya tenía un lugar significativo como teórico de la democracia, deslizaba un juicio que actualizaba la típica postura eurocéntrica que encierra un claro desprecio por el otro:

La nueva inmigración de América Latina en Estados Unidos y de África y la cuenca mediterránea en Europa, proviene [...] en gran medida, de culturas indolentes o cuando menos de “trabajo lento”, y que no son (salvo excepciones individuales) *achievement oriented* (Sartori 2001, p. 174).

El juicio no es nuevo, sino que caracteriza la visión de la teoría política europea frente al otro real, un prejuicio que tendrá hondas repercusiones epistemológicas a la hora de tratar los procesos políticos del llamado “Tercer Mundo” como espacios atrasados en sus organizaciones políticas y donde siempre hay democracias de “baja calidad” o, de plano, “Estados fallidos”. En el caso del autor italiano es más que claro que desatiende circunstancias contundentes que los prejuicios no le dejan registrar apropiadamente, por ejemplo, el hecho de que el éxito de la producción agrícola estadounidense descansa en el trabajo inmigrante. El 80 % del total de la fuerza de trabajo empleada en el sector agrícola proviene del trabajo inmigrante ilegal o solo parcialmente legal (legal pero controlado).

Quizá Samuel Huntington quien —en este y otros temas— desempeñó, como un destacado intelectual orgánico del imperio estadounidense, el papel de profeta. En efecto, la prominente inteligencia de este pensador se había expuesto en la redacción del libro *Choque de civilizaciones*, de 1996, cinco años antes de los atentados terroristas islámicos a las Torres Gemelas de Nueva York. La Guerra Fría había terminado, pero una nueva confrontación habrá de tener lugar, con ciertas características peculiares, como la imposibilidad de

adscribir a un solo país enemigo el membrete de “terrorista”. Este tenía las características del combatiente partisano que había descrito Carl Schmitt (1984) como un despreciable soldado no uniformado y no respetuoso de los códigos de guerra y quien se confundía con la población civil que le daba protección. El partisano, según Schmitt, era inaprensible y sus ataques siempre eran desleales y sorpresivos. No había más que dar un paso para que fuera considerado un terrorista. Del otro lado del Atlántico, era la migración latinoamericana hacia el Norte lo que calaba profundo en las certidumbres occidentales del avezado profesor estadounidense:

En 1993, el presidente Clinton declaró que el tráfico organizado de personas hacia Estados Unidos era una “amenaza a la seguridad nacional”. Pero la inmigración ilegal es una amenaza aún mayor para la seguridad societal de Estados Unidos. Las fuerzas económicas y políticas que generan dicha amenaza son inmensas e implacables. Estados Unidos no había experimentado nunca nada comparable (Huntington 2004, p. 264).

El profesor de Harvard centra el problema de la migración en la identidad estadounidense, que tiende a diluirse, no por la migración en sí, sino porque se trata de una migración masiva desde un pueblo “otro”, radicalmente otro, que se empeña en mantener su identidad de origen en el territorio de acogida. Conviene citar *in extenso* a Huntington porque en estas líneas expresa con claridad las razones de la hostilidad ante la migración mexicana:

El lugar central que ocupa México en la inmigración y la asimilación en Estados Unidos resulta claramente visible si se asume lo que ocurriría *si el resto de la inmigración continuase, pero la inmigración mexicana se detuviera repentinamente*. El flujo anual de inmigrantes legales descendería en unos 160,000 [...] La afluencia de inmigrantes evidenciaría nuevamente una elevada diversidad, lo cual supondría un mayor incentivo para que todos los inmigrantes aprendieran inglés y absorbieran la cultura norteamericana. La posibilidad de una división *de facto* entre un Estados Unidos predominantemente hispanohablante y otro anglohablante desaparecería y, con ella, una importante

amenaza potencial a la integridad cultural y, posiblemente, política de Estados Unidos (Huntington 2004, pp. 283-284).

Con esto, queda más que claro que la animadversión hacia los migrantes se inscribe en una consideración de naturaleza ética, es decir, de una posición fundamentalmente filosófica que considera al otro como portador de la maldad: no se le entiende, no se le comprende, se le subsume en un estereotipo que resulta de la proyección de lo repudiable de sí mismo externalizado y concretado en el cuerpo y en la existencia de alguien. Si Sartori había hablado de los migrantes como procedentes de culturas negligentes, indolentes, de “trabajo lento” o que no están orientadas al éxito, Huntington centra en los mexicanos la principal amenaza para la identidad estadounidense. Aquí, el más elemental procedimiento interpretativo desde el psicoanálisis social ayuda mucho a entender esta fobia. Lo que se teme del otro, quien es un migrante, es que procede de tierras que fueron espacios de despojo, de saqueo, de robo abierto; lo que se teme del migrante es que viene a trabajar en las tierras que fueron suyas o en las industrias que crecieron como resultado de que hubo un tiempo pasado en el cual el robo del trabajo representó la base de la ulterior acumulación de capital.

La filósofa española Adela Cortina (2017) intentaba interpretar el racismo y el desprecio de los europeos respecto de los migrantes argumentando que no se trataba de eso, sino de la “aporofobia”, el miedo o terror a la pobreza: se les desprecia porque son pobres. Claro que los migrantes rechazados son pobres, pero sobre todo están empobrecidos, que no es lo mismo. No es por eso, sin embargo, que se ciernen sobre ellos el desprecio, la humillación y la animadversión, sino porque son verdaderamente “otros”, pero otros cuya propia alteridad molesta, y esto sucede porque la mera existencia de ese otro produce un rechazo automático, pues pareciera que vienen por algo que les pertenece y que yo considero mío.

Se impone preguntarse ahora ¿quién es el otro? ¿Qué es ese otro tan amenazante? De inicio, el otro del que aquí se habla no es el que queda registrado como otro en la vida cotidiana,

el “empíricamente otro”, en su dimensión antropológica o sociológica. Ese otro en tanto que inevitablemente aparece en mi horizonte de comprensión como un objeto normalmente es el sí mismo proyectado en una “existencia otra” que puede resultar o no significativa para el Yo. En ese sentido inmediato, el otro es uno más de los demás. Pero aquí no se trata de eso. En un plano filosófico, el auténticamente otro es el que está más allá de mi comprensión, y eso me resulta repudiable; la única “comprensión” posible es el prejuicio estereotipado, pues “los límites de mi lenguaje” se hacen patentes porque no lo puedo codificar. Esta es la razón por la que el gran teórico de la alteridad, Emmanuel Levinas (1987), plantea al “absolutamente otro” como ubicado más allá de la ontología. También es esta razón por la que plantea a la ética como filosofía primera. El migrante es el que rompe con la lógica de comprensión basada en la supuesta superioridad civilizatoria del centro imperial. Como hemos visto, algunos de los más prominentes autores del mundo occidental, curiosamente todos profesores del centro imperial, podrán ser republicanos y demócratas, pero expresan, sin saberlo, un repudio al otro en tanto otro real. Es esa la actitud imperial más depurada. El problema no es solo moral (aunque es cierto que se produce un choque frontal o un “contragolpe absoluto” a la hora de confrontar la civilizada moral posconvencional con la moral subyacente en el repudio a que los migrantes quieran seguir teniendo una identidad distinta a la del país receptor), sino que se trata de una limitación metodológica grave: el referente de las interpretaciones sobre los migrantes es el Estado nación soberano, como si este no formara parte de una totalidad histórica que ha sido resultado de guerras de conquista, de colonización, de despojo, de anexión, de apropiación ilegal, de robo descarado. Casi todos los intelectuales del centro imperial eluden el problema de la existencia de la forma imperio como condición de posibilidad de la integridad de las fronteras nacionales y aún más de la unión europea o de la unión de los Estados Unidos.

Quien políticamente entendió mejor de lo que se trataba en la época del imperialismo fue el jurista alemán Carl Schmitt, aquel

cuestionado pensador adherente al nacionalsocialismo. Hoy en día su pensamiento parece más vigente que nunca, al menos en dos aspectos. Fue él quien advirtió “la muerte del leviatán” frente al crecimiento de los intereses privados; la organización mundial que, según él, se prefiguraba era la de los “*Grosseräume*”, los grandes espacios, en los que un Estado hegemónico manda incontestablemente sobre otros “Estados” formalmente autónomos, pero subordinados. Ese sería el primer despunte de su vigencia. El otro tiene que ver con su propio concepto de lo político, de lo que alcanza el estatuto de ser político. Para este jurista alemán, el criterio dicotómico para la comprensión de lo político es el agrupamiento “amigo / enemigo”. Independientemente de la sutil distinción entre *inimicus* y *hostis*, el enemigo en general es el enemigo público, y este no es sino el otro, el extranjero, contra el que es probable que nosotros podamos establecer una conflagración total. No es posible olvidar, al consignar a este pensador, que ubicó a un tercer enemigo: aquel cuya mera existencia (considero que) pone en peligro la mía propia; con ese enemigo no se establece sino una guerra de exterminio. La referencia es clara: es el judío para el Tercer Reich y, hoy en día, el palestino para el Estado de Israel.

Así pues, los migrantes, trabajadores activos y potenciales, generadores de riqueza en los países receptores, representan al otro real que parece incodificable para los poderes que dan forma y contenido a los centros imperiales, especialmente a la élite del poder en los Estados Unidos. Se trata, en consecuencia, de una alterofobia que nutre, hoy como ayer, la posición antiinmigrante de los poderosos del norte. Pero la invasión pacífica de los migrantes ya es incontenible y, por tanto, irreversible.



Referencias

- Cortina, Adela (2017), *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*, México: Paidós.
- Habermas, Jürgen (1973), *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Argentina: Amorrortu.
- Habermas, Jürgen (1999), *La inclusión del otro. Estudios de teoría política*, España: Paidós.
- Horkheimer, Max y Theodor Adorno (1987), *Dialéctica del Iluminismo*, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Huntington, Samuel P. (2005), *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, México: Paidós.
- Huntington, Samuel P. (2004), *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, México: Paidós.
- Levinas, Emmanuel (1987), *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, España: Sígueme.
- Sartori, Giovanni (2001), *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, México: Taurus.
- Schmitt, Carl (1984), *El concepto de lo "político". Teoría del partisano. Notas complementarias al concepto de lo "político"*, México: Folios.
- Sófocles (1992), "Antígona" en: *Id. Tragedias completas*, México: Rei.
- Therborn, Göran (2013), *Los campos de exterminio de la desigualdad*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Wolfe, Alan (1980), *Los límites de la legitimidad. Contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo*, México: Siglo XXI.